

SANTIAGO KOVADLOFF

TEMAS DE SIEMPRE

NOTAS SOBRE LO QUE
INSISTE EN NO PERDER
ACTUALIDAD



Santiago Kovadloff

Temas de siempre

Notas sobre lo que insiste en no
perder actualidad

Portal

El título de este libro sugiere una mansedumbre engañosa. A primera vista, se diría que remite a cuestiones que, a fuerza de familiares, parecieran bien sabidas, transparentes, asentadas dócilmente en un discernimiento acabado. Pero ello deja de ser así si se mira con cuidado. Basta interrogar el enunciado «temas de siempre» acerca de lo que con él quiere decirse para advertir su desafiante complejidad, lo que cada uno de los asuntos a que remite tiene de reactio al intento de encorsetarlo en una definición o a la intención de abarcarlo en una caracterización plenamente satisfactoria. De modo que quien así proceda muy pronto se dará cuenta de que aquel saber ingenuo guarda más afinidad con un espejismo que con un conocimiento cabal. Se impone, entonces, el imperativo socrático de volver a preguntar por lo que parecía sabido y a descubrir las asperezas, las evasivas y las íntimas adversidades con las que tropieza quien se disponga a repensar lo que en un primer momento se presentaba como bien sabido: la alegría, el porvenir, el fracaso, la amistad, los hijos, la esperanza, la impaciencia, entre tantos temas. En otros términos, las dificultades que encuentran siempre las palabras para inscribir en su dominio lo que en una ingenua e inicial instancia parece fácil de alcanzar.

Algo más. La simiente de los trabajos que dan forma a este libro la sembró una idea compartida con Héctor Guyot, en un almuerzo de 2017: llevar a las páginas del suplemento cultural del diario *La Nación*, que él ya entonces dirigía, temas que reunieran dos características. Por un lado, que resultaran fácilmente identificables para el lector y, por otro, que le deparan al unísono la oportunidad de redescubrirlos, de verse sorprendido por ellos.

La mayoría de aquellas notas, publicadas mes a mes hasta 2021, han sido ahora retocadas y aun sustancialmente modificadas para inscribirlas aquí en una tonalidad más ajustada al hecho de incorporarlas a un libro cuyo acento dominante es el del ensayo. Su número incluso fue ampliado con nuevos trabajos inéditos hasta la fecha. Son pues estas piezas, en su formato actual, ensayos literarios pero no en el sentido eminente del término, sino tanteos de un vacilante, pálidos intentos de acercamiento empeñados en llevar a la expresión algo de la intensidad y la atracción que desde siempre estos temas han ejercido sobre mí. Más no pude y menos no quise. Después de todo, lo que caracteriza a una vocación no son sus logros, sino su tenacidad.

Diciembre de 2022

La fe literaria

Al igual que otras manifestaciones de la fe —la religiosa, la artística o la científica—, la fe literaria responde a un llamado ineludible para su destinatario. Se cree en la literatura como destino personal mucho antes de estar persuadido de su valor social y aun cuando nunca se lo esté. La fe literaria encauza la imperiosa necesidad personal que se tiene de escribir, porque solo haciéndolo se entiende que la propia vida habitará con provecho los dilemas esenciales de su sentido. Con ello, claro, no se trata de alentar la ilusión de que se estará entonces al margen de todo extravío. Se trata, en cambio, de no perderse fuera sino dentro del ámbito que se nos impone como propio. De igual modo, esta necesidad insoslayable de ser fiel a la pasión que se siente no garantiza que la belleza y la expresividad, si es que cabe disociarlas, vayan a manifestarse en la palabra de quien la acata. Una vocación no es garantía de nada, salvo de su propia intensidad.

La disponibilidad interior hacia la literatura, concebida como modo de realización subjetiva,

no encuentra sustento en la certeza de un logro venidero. Se nutre, eso sí, en la experiencia efectiva de un goce inconfundible al escribir que no por eso deja de ser desvelo y esfuerzo, hallazgo y búsqueda a la vez.

En el hombre debido a su fe literaria, esa palabra no solo se ha manifestado como instancia culminante del espíritu. Se ha revelado, asimismo, como la única con cuyo contacto él se siente respirar a pulmón pleno, es decir, con libertad. Escribir es pues, para quien se siente llamado a hacerlo, dar cumplimiento a la celebración de un encuentro superlativo con la realidad concebida como revelación y tarea de discernimiento. En tal encuentro, la palabra deja atrás el pálido valor que le infunden la costumbre y la función destañada en que la ahoga la retórica insustancial.

Es nuestra complejidad —la de los seres que se saben arrojados a la emoción de ser y a la evidencia de la muerte— la que toma la palabra al escribir, la que aflora como nuestra más íntima posibilidad de existencia.

La fe literaria no salva de la angustia, no ampara de la duda, pero infunde, a esa angustia y a esa duda, un significado y una altura que las justifican y que, sorprendentemente, califican a la vida de quien las padece como vida libre, personal.

La fe literaria, escribe Octavio Paz, «es fe hecha de duda y entrega, de diaria pena y diaria alegría, de largos trabajos y breves iluminaciones».

El hombre que desconoce esencialmente su idioma no es aquel a quien le faltan las palabras o aquel que las emplea con torpeza. Es, en cambio,

el que ignora hasta qué punto consistimos en la ardiente necesidad de decir a propósito de nuestra presencia personal en el mundo y de la singularidad de nuestro destino. Y si es indiscutible que, en incontables ocasiones, el hombre dispone de la palabra, más básico y complejo es advertir que la palabra dispone del hombre cada vez que a este le es dado sumergirse en la emoción de esa momentánea presencia en el mundo y en la emoción del mundo como presencia.

Esencialmente, entonces, llegar a ser no querrá decir para el escritor, como hombre de fe en lo suyo, imponerse al consenso colectivo, triunfar. Llegar a ser querrá decir: estar, habitar, sostenerse en la aventura singular de escribir. No abandonar esa morada de inigualado sentido que es para él la casa del desvelo creador. Allí tienen lugar la trascendencia y su celebración, el encuentro con el soplo común y universal que alienta en la infinita pluralidad de todo lo singular y concreto.

Para el hombre de fe literaria, hay una dimensión sobrenatural de las cosas. Es aquella en que se rompe la prosaica familiaridad de nuestro trato con ellas. Aquella en que las cosas dejan de ser, primordialmente, objetos de posesión, mera materia de uso o marco estable de nuestra indiferencia, para pasar a manifestarnos algo que no es lo que habitualmente nos dicen. Es entonces, y en virtud de tal manifestación, que al hombre de fe literaria lo acosa y lo apremia el deseo de escribir.

Por obra del asombro, el semblante de lo real recupera una densidad extraviada en el trato habitual con sus formas. De tal modo aflora lo

insospechado y, sin embargo, siempre latente, y pide también él la palabra. Pero la palabra que lo insospechado pide no es la que presume que podrá poner fin al enigma que le da sustento. No es la palabra que cataloga, encuadra o define. Es, en cambio, la palabra capaz de celebrar el sentido fecundo de la irrupción de lo insospechado, la pujanza transformadora de su aparición en el trato con las cosas.

«El poeta está allí, / para que el árbol / no crezca torcido», propone Nicanor Parra. Y esa torcedura no es otra que la que encubre y rebaja, en todo lo que nos circunda, el misterio del hecho capital y primario de la existencia, el milagro de la presencia de cada cosa y de cada uno de nosotros.

En la fe literaria, la palabra ha ganado altura excepcional como expresión, ciertamente paradójica, de lo inefable. Esto —lo inefable— crece como verdad para el hombre a expensas de lo trivial y establecido, en la medida en que el barniz de mansa familiaridad que a las cosas revestía queda al descubierto, precisamente, como barniz, y no como idiosincrasia.

La palabra ejercida como ese poder que logra atravesar la piel convencional de lo viviente, para adentrarse en el abismo del fundamento común a toda existencia, constituye la privilegiada emoción a la que se halla expuesto el creador literario al dar con sus temas.

Bien se lo sabe: por inmensa que resulte, será siempre minoría la que busque y encuentre sustento en la palabra literaria. Pero de esa minoría, me parece, debería formar parte la universidad.

Sin embargo, la suerte cosechada por la literatura en la enseñanza hoy considerada superior induce a creer que estamos cada vez más distantes de esa posibilidad. Allí, la expresión de la experiencia personal de vida, que desde la mira humanista constituye el núcleo argumental de lo estético, parece haber sido apartada del escenario central de los intereses académicos. Su sitio lo ocupa desde hace años la estrategia de la composición literaria, la obra como objeto y, aun diría yo, en los términos de Ernesto Sábato, como artefacto. El texto, entendido como prodigioso transmisor de vida y fruto de un encuentro de excepcional intensidad con el mundo, se ha convertido en pretexto. En cambio, es lo instrumental, la trama de recursos objetivos empleados en la composición, lo que desde hace mucho tiempo ocupa el altar mayor de la devoción crítica. El técnico convoca más que el desvelado.

He aquí lo estremecedor: que aquello que un hombre pueda decirnos acerca del hecho de haber rozado el núcleo de su propio dolor y sus emociones fundamentales en el trato con cuanto existe haya dejado de ser preeminente para quienes dicen interesarse por el estudio de la literatura. Una nueva intrascendencia devora la transmisión de la experiencia personal. Es la que, marchitando la sensibilidad filosófica, daña lo propuesto como ofrenda primordial del escritor al lector. El goce y la exploración de la intimidad propuesta han sido descalificados por el imperativo de la explicación, olvidando, en virtud del extremismo en que se incurre, lo que sabía Georges Braque: «Que las pruebas fatigan la verdad». Justamente allí donde,

en sentido eminente, se debería enseñar a leer —en la universidad—, la facultad de comprender y privilegiar el intercambio de experiencias personales ha languidecido como meta central del trato con la palabra.

Algo más para terminar. Horas de desorientación como las presentes conoció muchas la humanidad, y en ellas la violencia ha ejercido, desde siempre, un hondo influjo. Su despliegue —que no es sino el del fanatismo— asegura un arrebatamiento fácilmente homologable a la convicción. En nuestros días, la violencia nutre su impulso en un suelo más poderoso que el apego a la guerra. Me refiero al miedo a la paz. La paz, cuando prospera, obstruye el cauce del odio y franquea el curso de los grandes dilemas subjetivos, infinitamente más complejos, sutiles y, por cierto, primordiales. El miedo a la paz cunde en estos días. Sus efectos pueden advertirse en la rapidez con que vuelven a proliferar, en variadas latitudes, brutales evidencias del fervor maniqueo. Con empeño y sin pausa, se trabaja para que ese *enemigo* siempre imprescindible para el desprecio reconquiste un perfil nuevamente inconfundible y para que sobre él pueda volcarse, cuanto antes, la necesidad de exorcizar los terrores más recónditos que nos habitan.

Pero esta simplificación pavorosa nos alivia —y no solo nos distancia— de otras posibilidades. Extenuadas las vertientes de la cordialidad, cualquier cercanía resulta agobiante. Es que si el criterio hegemónico, en el alba de este siglo, es el que celebra haber liberado al hombre de la necesidad de un

vínculo cordial con su entorno y con su prójimo, la paz fatalmente resultará amenazante. Bien lo sabe el hombre de fe literaria, y mucha habrá de ser su fortaleza para sustentarse en sus ideales en una hora de tanto desprecio por lo literario, es decir, por el pensamiento cordial. Y digo sustentarse antes que sustentarlos porque no me parece que esos ideales sean de frágil textura y no busquen, una y otra vez, el evasivo corazón del hombre. Es este, más bien, quien no siempre parece dispuesto a soportar esa extraña y fascinante carga de la fe que lo libera. Pues bien: con su atormentada realidad cotidiana, el nuestro es un tiempo que convoca al escritor, que lo solicita desde su más honda indigencia. Y lo requiere de tal modo porque, sabiéndose necesitado de reconciliación consigo mismo, sabe a la vez nuestro tiempo que el escritor, como hombre de fe, es ante todo un hombre enamorado.